

1) rivalidad con el propio cuerpo; 2) dificultad para producir con el cuerpo algo que vuelva al sujeto dueño de sí.

En ensayo destinado a Bioy Casares reitera la imagen anterior de la parábola, pero aquí se trata de la parábola de la austeridad. Desde los primeros libros de Bioy, en aquella «voluntaria y cuidadosa incoherencia», que dijo Borges, se advierte «una ironía entre la pasión con que denuncia los males del mundo y la fascinada curiosidad con que los registra» (p. 238).

Pezzoni pasa revista, con rigor y fruición, a cada uno de sus libros. Nada es trivial. Nada es juego. En el fondo alienta una búsqueda de lo trascendental.

El último de los «Narradores» es, paradójicamente, «Eduardo Wilde: lo natural como distancia». Con él presenta la imagen del escritor que trascendió, en algún modo, a su época. Muy acertado el acercamiento de Sarmiento a Wilde; jugosos sus comentarios sobre la generación del ochenta. Aquí Pezzoni abandona su estilo frondoso y se destaca en juicios como el siguiente: «El Wilde humorista que hace del chiste una cortesía de la exasperación, el Wilde severo que se queja y amonesta, en algo anticipa al Borges que desconcierta con sus ocurrencias y deliberadas contradicciones» (p. 260).

El volumen se cierra con una serie de nueve «Notas», entre las que destacamos las dedicadas a Victoria Ocampo y a Cortázar.

De este modo se brinda el concierto entre el texto y sus voces. Su autor traza él mismo una parábola. Revela y es revelado; despliega el juego de convicciones, de conocimientos, de esa rica intertextualidad con autores como Ducrot, Genette, Philippe Sollers, Octavio Paz y Bakhtin. Nos parece advertir los trazos de una sinuosa sintaxis, que se da en ciertos momentos como un desahogo intelectual, y que llena a veces, asombrosamente, hasta quince líneas. Pero esto en nada invalida las muy justas referencias a la recepción, las rigurosas observaciones lingüísticas, las harto precisas acotaciones y los acertados análisis.

PETRONA D. RODRÍGUEZ-PASQUÉS

*Universidad de Buenos Aires*

JUAN GUSTAVO COBO BORDA, *Antología de la poesía hispanoamericana*. Selección, prólogo y notas de Juan Gustavo Cobo Borda. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1985.

Proporcional a la utilidad de una antología literaria están las dificultades inherentes a este determinado programa selectivo. Desde el olvido involuntario de escritores o poetas (que a veces no lo es tanto) hasta la no inclusión definitiva de algunos a causa de un juicio estrictamente personal, la labor del antólogo por lo regular nunca deja satisfecho a nadie, incluso muchas veces a los mismos autores seleccionados. No se escapa de esta amarga condena el libro de Juan Gustavo Cobo Borda que reseñamos aquí. Desde su aparición hasta el momento los comentarios siguen siendo bastante encontrados, y eso a pesar de que Cobo incluye sólo poetas nacidos entre 1910 y 1939, centrándose principalmente en aquellos cuya obra ya ha sido, de una u otra manera, aclamada o reconocida por el medio cultural latinoamericano. Valga el caso de Lezama Lima, Paz, Molina, Huerta, Westphalen, Mutis, Rojas, etc. La exclusión, por el momento, según lo advierte en el prólogo, de las últimas generaciones, le evita de hecho un confron-

tamiento más directo y candente con sus poetas coetáneos. Sin embargo, el coraje que requiere emprender una tarea como ésta debe encomiarse, y si estamos o no de acuerdo con los criterios expresados en la selección, eso ya es otra cosa. Probablemente tema para una reseña como ésta.

Si algo ha distinguido la labor literaria de Juan Gustavo Cobo a lo largo de los años es su pasión y amor por la poesía en particular y por la literatura y el arte en general. Ahora bien, esta actitud apasionada lo ha llevado a tomar posiciones muy controvertidas o a enfrentamientos con escritores, poetas o profesionales de la literatura, donde lo estrictamente literario y estético de los términos en discusión muchas veces no ha estado tan claro. Con un estilo un poco a lo «enfant terrible», Cobo (junto a un grupo valioso de poetas, narradores y críticos) logró conmover algunos de los círculos culturales colombianos en la década del 70, continuando de una manera muy propia la labor que hacía la década del 50 habían comenzado los poetas del grupo «Mito» y en la década del 60 el Nadaísmo. Ya fuera desde la redacción de la revista *Eco* o desde la plataforma editorial de Colcultura la labor de Cobo, repetimos, se destaca positivamente durante todos estos años. Una necesidad de apertura y de afirmar una tradición mucho más amplia lo lleva luego a expandir su foco de atención crítica y buscar en el marco abierto de la literatura hispanoamericana la necesaria correspondencia a su trabajo creativo y crítico. De esta necesidad de una visión continental nace el libro que nos ocupa.

67 poetas hispanoamericanos conforman esta selección. Ellos representan, con profundidad y belleza, a casi todos los países y regiones de América Latina, con la excepción de Paraguay y Centro América. En esta última, salvo Nicaragua y El Salvador, los otros países no se encuentran representados. Se podría aducir, con respecto a esto, que una antología no tiene que ser una nueva unión panamericana, lo cual es cierto, pero por lo menos un par de nombres fundamentales en la poesía centroamericana no están aquí incluidos. Hablamos de Otto René Castillo de Guatemala y Roberto Sosa de Honduras. De una u otra manera, estos poetas engloban un pensamiento poético centroamericano, tan válido como el que proclaman poetas como Carlos Martínez Rivas en Nicaragua o Roque Dalton en El Salvador, estos sí incluidos en la antología. Es obvio que toda crítica lleva un alto porcentaje de lo personal, y lo dicho para Cobo podría ser dicho para cualquier otro, inclusive para quien escribe estas líneas, ya que si tuviera que hacer de antólogo varios de los poetas incluidos por Cobo habrían quedado fuera del libro; sin embargo, echamos de menos a poetas como Juan Calzadilla, Rafael José Muñoz, Caupolicán Ovalles o Francisco Pérez Perdomo, de Venezuela; a Elvio Romero, del Paraguay; a Mario Benedetti, de Uruguay; a Raúl Gustavo Aguirre, Edgar Bayley, Carlos Latorre, Mario Trejo, Francisco Urondo, de Argentina; a Rogelio Echavarría, Fernando Arbeláez, Héctor Rojas Herazo, Eduardo Cote Lamus, de Colombia; éstos, entre los que rápidamente se nos vienen a la memoria. La selección de Cobo es, pues, caprichosa y obedece a una determinada proyección estética, y eso es lo que vamos a tratar de ver a continuación.

Uno de los problemas de Cobo es que, a pesar de todos los esfuerzos de individuación, todavía no se ha podido desprender, en parte, de la voz patriarcal y autoritaria de Octavio Paz, dicho esto sin afán de ofender ni restar valor personal a su obra. Sin embargo, algunas de las posturas inherentes a una estética personal que ha asperjado el maestro Paz por América Latina están presentes muchas veces en la actitud de Cobo. Un estilo lúcido, espejeante, entre ensayístico y crítico, que se da el lujo de utilizar los ganchos asertivos y didácticos de la academia

universitaria para luego dejarlos de lado con una posición irreverente y personal; una sujeción arquetípica a un personaje literario que condiciona actitudes y visiones (en el caso de Paz podríamos pensar en André Breton); la necesidad de refugiarse en ciertos altares del poder, dando origen a la formación de camarillas o grupos cerrados de amigos, etc.

Ya desde el comienzo del prólogo Cobo nos ubica dentro de la órbita de Paz, y lastimosamente comprendemos que no será fácil de ahora en adelante desprendernos de este eje de poder y de análisis. Por ejemplo, los niveles semánticos que suscita el inteligente concepto de tradición de la ruptura, aplicado dialécticamente al movimiento hacia adelante y hacia atrás de los procesos literarios, no implican que ésta sea una verdad inmutable, ya que la línea directa y «tradicional» de la ruptura de la tradición sigue tan vigente como siempre. Es decir, que el juego sintáctico amplía y enriquece la visión, pero no necesariamente la profundiza. El problema es, pues, de estilo, no de comprensión, y es esto, cuestión de estilo, lo que hace atractivo a Paz, aunado a su capacidad de haber sido un magnífico lector de la literatura universal contemporánea en un mundo de apresurados lectores y semiletrados creadores. Paz, como todo hombre de letras, es discutible y debe ser discutido, su voz no debe ser bíblica a pesar de que cada vez se acerque más a la tierra prometida.

Es cierto que Paz, ya no como ensayista, sino como poeta, es una de las figuras más importantes de la literatura hispanoamericana actual y que, frente a su dimensión poética, la voz de José Lezama Lima, ese viejo brujo de La Habana, contrasta en movimiento barroco. Sin embargo, tratar de ver las directrices de la poesía hispanoamericana dentro de este marco poético, como es la tendencia del crítico Guillermo Sucre en su libro *La máscara, la transparencia*, nos parece que cierra apresuradamente toda respiración al hecho poético latinoamericano. Afortunadamente Cobo evita meterse dentro de estas coordenadas críticas y trata de establecer, con criterio de apertura, las diversas corrientes que han nutrido la poesía latinoamericana. Desde la poesía pura, que destilaba en la palabra gotas de limpia belleza formal y conceptual, hasta los miasmas de las alcantarillas de las grandes ciudades que intentan romper nuestro sistema olfativo y gustativo, el ejercicio de la poesía en América Latina, tierra de opresores internos y externos, ha sido el territorio espiritual de una lucha por la libertad. La tendencia de esta *Antología* es establecer los puentes de comunicación (y de incomunicación) de esas búsquedas diversas, y en esto es admirable la labor de Cobo. Sin embargo, el esfuerzo se queda a mitad de camino, dando la impresión de que faltara ese salto al vacío que posibilitaría la inclusión de nombres un poco en desentono con el criterio estético *oficial* poético hispanoamericano.

Ahora bien, dentro de la ubicación crítica que Cobo hace de los poetas, vale destacar su visión englobante del ejercicio de la poesía en América Latina desde los albores liberadores de Darío. No obstante, nos confunde un tanto su insistencia en la generación del 27 española y la importancia que ésta tuvo en los poetas contemporáneos o inmediatamente posteriores a ella. Sin negar cuán valiosa fue para los poetas latinoamericanos esta presencia poética española, es peligroso, a nuestro juicio, «colombianizar» tan drásticamente todo el panorama hispanoamericano. Quiero decir que si la generación del 27 fue decisiva para los poetas colombianos (y algunos mexicanos) que empezaron a publicar su obra a fines del 30 y en la década del 40, no lo es en tal medida en otros países latinoamericanos. No vemos esa decisiva presencia, y perdónesenos la ignorancia, en los poetas peruanos, chilenos, argentinos, e inclusive algunos mexicanos de la

época. Claro que todos aprovecharon la magnífica lección de los poetas españoles, repito, pero no creo que acomodaron colectivamente su estro poético en esa dirección determinada. La ruptura establecida por Darío y el antihispanismo muy a lo siglo diecinueve todavía imperaban en algunas capitales de esos años.

No por redundante, está por demás decir que la *Antología* de Cobo se convierte, desde ya, en un libro de obligatoria consulta sobre poesía latinoamericana. A un valor más alto no puede aspirar una antología literaria, ya que su objetivo es cumplir con esta función específica. Más aún, la *Antología* de Cobo mueve inmediatamente a la reflexión, al análisis y, por qué no, a la polémica constructiva. Alta misión la del poeta: generar fuerzas que nos permitan el ejercicio directo de la libertad y la vivencia de la belleza transformada en palabras.

ARMANDO ROMERO

*University of Cincinnati*

JUAN MANUEL MARCOS, *De García Márquez al post-boom*. Madrid: Orígenes, 1986.

En el amplio campo del ensayo y la crítica latinoamericana, la mayoría de las contribuciones más significativas pueden ser agrupadas en tres subgrupos básicos. Uno de ellos abarca el tipo de recuento histórico de carácter panorámico, como el realizado por Enrique Anderson Imbert, Fernando Alegría, Jean Franco, John Brushwood o, más recientemente, Giuseppe Bellini. El segundo subgrupo consiste en estudios en profundidad de ciertos autores fundamentales, como los de Amado Alonso sobre Neruda, Jaime Alazraki sobre Borges y Cortázar, Georgina Sabat de Rivers sobre Sor Juana Inés de la Cruz, Roberto González Echevarría sobre Carpentier, etc. El último subgrupo corresponde a aquellos libros escritos deliberadamente en tono polémico, no con el propósito de perjudicar la reputación de nadie, sino de abrir espacio para la presencia de nuevas voces, autores e ideas. Dentro de este género figuran clásicos como *Los nuestros* de Luis Harss, *La nueva novela hispanoamericana* de Carlos Fuentes y, más recientemente, la compilación *Más allá del boom* de Angel Rama. Aparte de estos tres campos, no debemos olvidar el muy importante aporte de las revistas de crítica literaria, en las cuales la capacidad intelectual del editor requiere la misma dosis de talento que para escribir libros o compilar monografías. Tal es el caso, entre los más afortunados, de Alfredo A. Roggiano con la *Revista Iberoamericana*, Saúl Sosnowski con *Hispanamérica*, Jorge Ruffinelli con *Texto crítico*, Antonio Cornejo Polar con la *Revista de crítica literaria latinoamericana*, etc., revistas que constituyen, sin duda, una parte viva de la evolución literaria reciente.

En algunas ocasiones, autores que han aportado obras ensayísticas también han ejercido el trabajo editorial, como el caso de Eduardo Galeano con la primera época de *Crisis*, y Octavio Paz con la primera época de *Plural* y actualmente con *Vuelta*. Lo mismo puede decirse de algunos críticos, como Rama con *Marcha* y la colección de la Biblioteca Ayacucho. Por fin, hay algunas figuras, como Emir Rodríguez Monegal, que han abarcado varios campos; en el caso del crítico uruguayo, como editor de *Mundo Nuevo* y autor de monografías sobre Bello y Neruda, así como los ensayos polémicos e innovadores de *Narradores de esta América*.